

— De acuerdo.

— Que así sea.

Antes de despedirse, Cuest le enseñó una tarjeta con una dirección escrita.

— ¡Memorízela! Llevarla apuntada en la agenda es un peligro, ya que podría perderla en un descuido.

— De acuerdo.

— La espero mañana. Debemos hablar de otros detalles antes de la definitiva puesta en marcha.

— Adiós.

Letra subió la escalera empedrada, le quitó el plástico protector a la cajita, presionó un pequeño pulsador y de una ranura salió un caramelito, blanco y verde; ocultaba un emisor miniaturizado. De repente, sonó una voz:

<Señorita Letra, soy el Presidente de la Corporación Dédalo. Si está oyendo este mensaje, es señal de que podemos contar con su compromiso. Le explicaré las líneas básicas de la misión. Solo tenemos cinco días y una única pista: tres simples letras, CDI, para hacernos con un Diamante Azul de gran importancia estratégica en la carrera del desarrollo tecnológico de nuestro país. Actualmente permanece en manos de un grupo de sospechosa catalogación. Peligroso. Por seguridad, recibirá instrucciones extras en la dirección que ha recibido. Una vez finalizado el mensaje, deposite el emisor sobre la pared que tiene a su lado; se autodestruirá.>

En la primera terraza que encontró con mesas exteriores y toldos se quitó la chaqueta y se acomodó con ganas de beber algo. *Lo necesito.* La brisa de la mañana difundía olores frescos, limpios, agradables. Desde donde estaba sentada, en lo más alto de Artxanda, podía contemplar, por un lado, edificios modernos, apar-

tamentos, hoteles, un hospital, pero salpicados entre ellos destacaban construcciones antiguas de una belleza irrepetible con tejados rojos desteñidos con el paso de los años hasta adquirir un color negruzco; agujas de campanarios singulares que aspiraban a rozar el cielo; y la Ría del Nervión, que brillaba en medio, como una larga serpiente, deslizándose por un amplio cauce de aquel enclave urbano, de camino al Mar Cantábrico. Un enclave orgulloso de su presente y también, de su pasado.

Bilbao.

Por la otra vertiente, avistaba campos verdes, pinas, chalets y ricas huertas; más a lo lejos, a una distancia inferior a dos kilómetros, un aeropuerto con gran intensidad de tráfico de aviones.

Mientras perdía su vista en la sublime belleza descrita, sus pensamientos se sucedían con frenético vértigo. Imposible detenerlos.

Será emocionante, se dijo. Como en las películas. En su mirada brilló a semejanza de un relámpago la chispa de una aventura excitante, desconociendo por dónde iba a salir todo aquello. De todas formas... Pasara lo que pasara, pensaba pasárselo bien. Lo tenía claro.

Ni podía imaginarse lo que le esperaba.

1.3

Martes.

Letra se acercó a la dirección indicada por Cuest. La calle Heros. Se detuvo ante el número que tenía bien memorizado. Era un edificio de cemento, con cinco

plantas, funcional, carente de pretensiones. Tenía dos pisos por altura. Examinó las etiquetas de los moradores que tenía a un lado con sus timbres. *Éste es*. Llamó, dio su nombre, explicó por el videoportero el motivo de su visita y la dejaron pasar tras haber verificado sus palabras con la persona responsable. Accedió al portal con gran cantidad de mampostería decorativa. Al cerrar la puerta, una confusión de risas y voces traviesas, deseosas de gustar y todas hablando muy deprisa, procedentes de niños de un colegio cercano, se apagó.

Para subir a la segunda planta hizo uso de un ascensor renovado un año o dos antes, alrededor del cual caracoleaba una sencilla escalera de madera y barandillas forjadas negras. *Piso por favor*, dijo una voz mecanizada. Pulsó un botón del panel. Las puertas se cerraron con un leve susurro y empezó a ascender. Próximo a llegar a la altura solicitada, aminoró la marcha y luego se detuvo. Un suave “*clong*” le anunció que ya podía salir de la cabina. Y la abandonó. Avanzó con rapidez. Después, golpeó discretamente en la puerta del tercero izquierda con una aldaba de latón en forma de seta. Le faltaba un rótulo de identificación. A pesar de su ausencia, desechó alimentar recelo alguno. No se había equivocado. Era allí. *Seguro*. Pronto advirtió unos pasos que se aproximaban. Tras quitar el pestillo, una agradable chica apareció en el espacio abierto y la saludó:

— Buenos días.

— Buenos días —respondió Letra. Hizo una especie de mueca que pretendió ser una sonrisa.

— Pase, por favor.

Entró.

— Muy amable.

— ¿Puedo ayudarle en algo?

Letra reconoció en este breve saludo la voz que había oído a través del portero automático.

La oficina daba una imagen de poca cosa. Por un lado y por otro había paquetes. Una mesa redonda y dos sillas, acostadas a su borde, mostraban el típico barniz resquebrajado producido por su continuo desuso o por su falta de cuidado. O por las dos cosas a la vez. Dos metros más allá, en un rincón permanecía un archivador de metal de un verde oscuro, con los cajones medio abiertos, y a su vera, un cubo de basura y un sillón giratorio. Unos grabados en la pared con la pátina de un profundo envejecimiento daban todavía más una sensación de dejadez. Estaba bien claro, allí faltaba una buena capa de pintura. Además, cualquier visitante que representara a la típica persona que se fija en los detalles, observaría a primera vista que al negocio le vendría muy bien un toque general de decoración actualizada. Flores, iluminación, mobiliario de diseño,... o, también, un tapiz exquisito, ya que a lo largo y ancho del suelo se extendía una moqueta de poliéster, de color oliva pálido y líneas blancas, con manchas. Superadas estas primeras impresiones, Letra consideró que tal vez la presente imagen de desidia quizás les servía para despistar a posibles soplones indeseables; aunque algo había claro: dicho lugar simulaba la tapadera de muchas cosas, de las que desconocía su totalidad.

— Quisiera hablar con el señor Cuest.

La recepcionista la guió por un sombrío pasillo y pasó a un pequeño despacho con escasos muebles, y los que había, aparentaban haber sido comprados en algún mercadillo de oportunidades. Nada del otro mundo.

— El señor Cuest la recibirá ahora.

— Gracias.

Letra oyó que alguien habría la puerta situada a sus espaldas. Se dio la vuelta y vio a Cuest. La saludó.

— Bienvenida, señorita Letra.

— Buenos días —le respondió.

Había un atisbo de agrado en su rostro. Dicha mañana, vestía unos pantalones caquis, una camisa verdosa y una chaqueta granate. Llevaba una carpeta bajo el brazo, en donde guardaba abundante documentación, marcada con dos letras *DA*. Ella enseguida solucionó el significado del acrónimo: *Diamante Azul*.

— Me alegra que haya venido. Remataremos los detalles de la maniobra que nos preocupa.

— Veamos.

— El asunto es el siguiente —continuó Cuest con términos sencillos—, desconocemos en dónde está guardado el mencionado diamante. Es del todo cierto. Por eso le hemos encargado el cometido que ya conoce. Para investigar. Para descubrir su paradero. Para traerlo. Nada más ni nada menos. Sus poseedores consideran que nadie puede hacerse con él. Esto representa nuestra mejor argucia. La sorpresa. Con esta falsa apariencia, las oportunidades que tenemos son muchas. Siempre y cuando logremos manejar todo esto con cuidado. Aunque, claro, seguro que ellos no permanecerán con los brazos cruzados y habrán instalado medidas de tutela complicadas de superar. Rayos láser, cifrados de apertura,...

Letra hizo un gesto de determinación. Le entusiasmaba el riesgo que le podía llevar al triunfo.

— Estoy lista para la maniobra. —Le comentó en tanto mantenía cuadrados los hombros con un gesto de asentimiento.

— Correcto. Me gusta su valiente actitud. Por otra parte, no queremos que la búsqueda del diamante permanezca en el congelador *sine die*, dilatándose en el tiempo, como ya le he comentado con anterioridad. Es urgente. Muy urgente. Sin embargo, señorita Letra, tampoco es adecuado que la impaciencia provoque errores irremediables.

Ella se frotó la boca con el dedo, guardó silencio, y él aprovechó la pausa para continuar.

— Una vez expuesto nuestro propósito, confiamos en que usted tome las decisiones adecuadas para conseguirlo. Nos jugamos mucho en este asunto. Créame, señorita.

Aunque la frase había sonado demasiado solemne, Letra le contestó con una afirmación rotunda.

— Alejen todo tipo de inquietudes de sus deseos. Señor Cuest, ejecutaré a conciencia la tarea que me han delegado. La Corporación tendrá a tiempo lo que desean con tal premura. Esto es al menos mi propósito.

Lo había asegurado remarcando bien su intrepidez.
Silencio.

Cuest permaneció un momento pensativo.

Después, le preguntó:

— ¿Algún comentario último que quiera hacerme? ¿O algo que desee saber y que hasta ahora no ha surgido en la conversación? Si es así, yo encontraré la respuesta encantado.

Acto seguido, hizo bien en observar lo siguiente:

— Sí, uno. ¿Debo informarle a usted de cualquier incidencia o a otra persona?

— A mí, por favor. Los niveles de mando disponen de una única autoridad para tomar cualquier decisión,

de modo que yo decidiré en cada momento lo que considere oportuno.

— Entendido.

— Tome este teléfono. Al presionar la tecla blanca, directamente hablará conmigo. El número está preprogramado. Muy pocas personas lo tienen. Sus llamadas siempre tendrán prioridad; a la hora que sea. —La miró de frente—. Llámeme cuando lo necesite o considere oportuno. Es muy fácil, señorita.

Letra examinó con detención el aparato. Parecía especial. Pero con escasas funcionalidades. Llamar, enviar mensajes de texto,... poco más. Para el caso, suficientes.

— ¿Es seguro?

— Ahora con los nuevos adelantos de escucha de última generación nada es seguro. Por eso, si alguna vez se enciende el botón rojo, el que aparece encima del teclado, significa que el teléfono está intervenido, pinchado; la están espiando desde alguna conexión electrónica. Dado el caso, siga hablando, pero con máximo cuidado de sus comentarios, señorita Letra.

— De acuerdo.

Cuest le siguió mostrando utensilios muy útiles en el desarrollo de su labor.

— Este aparatito —le invitó a cogerlo— le servirá para impedir que cualquier micrófono direccional ultrasensible escuche a distancia una conversación suya en su casa o en la calle.

Letra lo examinó por encima y Cuest siguió:

— Por último, le presento un cepillo especial que eliminará cualquier dispositivo de seguimiento controlado por radio, que en un descuido suyo lo hayan

adherido a su ropa. Seguro que habrá oído hablar de ellos, transmiten de forma automática las coordenadas del paradero de una persona.

La exposición de dispositivos terminó con la frase: *Una de las principales virtudes de la Corporación es facilitarnos las últimas innovaciones en desarrollos tecnológicos.*

Cuando concluyó, se creó una espontánea pausa. Cuest parecía estar pensándose algo. Instantes después, le preguntó:

— ¿Sabe por dónde va a empezar?

— Sí, desde luego. Primero, la información. Indagaré en todas las fuentes posibles con el fin de saber más del tema: Significado del acrónimo CDI, quiénes guardan el deseado diamante, en dónde lo tienen,... puede suponer con facilidad lo que quiero.

Él asintió con un sencillo gesto.

— Le agradecería que me mantuviese en todo momento al tanto de sus progresos y descubrimientos; de cualquier detalle por insignificante que le parezca. De lo que sea. Quiero estar al corriente de todo cuanto ocurra, y cuando ocurra. —Lo repitió una vez más, poniendo tono de necesitado—: Por favor, téngame al tanto de las investigaciones a medida que se produzcan. Es muy importante.

— Por supuesto, señor Cuest.

— ¡Suerte! —le deseó con el gesto de los pulgares hacia arriba, acompañado de un franco ademán.

— La necesito.

— Quiero insistir en lo importante que es mantener por seguridad el máximo secreto, inclusive con su marido e hijo. —Resaltando aposta la entonación de la

voz, le avisó—: Guarde todos estos comentarios en su cabeza. Al final cualquier persona conocedora de esta operación encubierta que mantenemos entre manos, siempre acaba yéndose de la lengua. Sin quererlo, sin maldad, para hacerse la importante delante de su pareja, un amigo, un compañero de trabajo,... es, señorita Letra, algo inevitable. Y, lo peor del caso: siempre hay alguien con el oído aguzado. ¿Me entiende?

— Ya.

— Cuando nos veamos obligados a mantener una reunión, quedaremos siempre fuera de la oficina. Sería peligroso que levantáramos sospechas. Nuestros enemigos permanecen siempre al acecho. Debemos evitar echar la misión al traste. Es muy importante. Dependen tantas cosas de su éxito...

— Conforme.

— Antes de que se vaya, regla número uno: intente impedir que la cojan con las manos en la masa. Actúe con discreción. Ya sabemos que apostar muy alto significa correr peligros. De todas formas, si la detienen, evitaremos que corra algún riesgo. Por nuestra parte será tildada de desconocida. Que no trabaja para ningún grupo a tener en cuenta. A pesar de esto, el enemigo dudará de estas palabras y le hará cantar toda la información que tenga. En resumen: a partir de ahora absoluta precaución y cuidado. En cada movimiento que haga.

Lo comprendió con facilidad.

— ¿Hemos terminado?

— Sí, señorita.

Letra ya tenía un sentido claro de su misión. Debía enfrentarse al enemigo con decisión y astucia.

Ya se le ocurrirían los detalles a seguir sobre la marcha.

Consultó el reloj metálico de la pared. Las doce cuarenta y cinco. Y con delicadeza se levantó.

Estando ya de pie, le saludó:

— Adiós, señor Cuest.

— Adiós, señorita Letra.

Giró sobre sus talones y con el rostro risueño se dirigió de forma pausada a la puerta de salida. Se detuvo, le miró y se despidió de nuevo; esta vez con un gesto, como diciendo: *Todo saldrá bien. Se lo aseguro*. El descubrió algo en sus ojos que le encantó: *Determinación*.

Ya fuera, en el descansillo, ella aprovechó la llegada del ascensor para ajustar los botones de su chaqueta y alisar su melena.

Poco después, descendía a la planta baja.

1.4

Planear sus primeras acciones, suponía un buen arranque. Se sentó en un banco de la cercana plaza de Jado⁵. Su presencia crispó a una bandada de palomas, que alzó el vuelo en ruidosa protesta. Sacó el ordenador portátil del maletín, lo puso en marcha, se colocó las gafas, que solía usar en estos casos, de cristales revestidos con una capa protectora del resplandor de la pantalla, y después, rebuscó alguna coincidencia con las letras CDI. Podía aparecer algo que le sirviera.

Necesitaba una clave para descifrar su significado.

La paciencia suponía una parte inevitable de toda investigación.

⁵ Laureano de Jado, mecenas de la cultura y las artes e importante hombre de negocios financió gran número de obras sociales.